



# Citlalli tiene tres abuelas

Silvia Susana Jácome  
ilustraciones de Medusczka





# Citlalli tiene tres abuelas

Silvia Susana Jácome  
ilustraciones de Medusczka

**Autora:**

Silvia Susana Jácome

**Coordinación editorial:**

Génesis Ruiz Cota

**Diseño editorial:**

Silvia Susana Jácome

**Cuidado de la edición:**

Silvia Susana Jácome y Armando Rodríguez Briseño

**Dirección de arte e ilustraciones:**

Meduszcza

**Primera edición:** mayo de 2017

© 2017. Consejo Nacional para Prevenir la Discriminación

Dante 14, col. Anzures,  
del. Miguel Hidalgo,  
11590, Ciudad de México  
[www.conapred.org.mx](http://www.conapred.org.mx)

ISBN: 978-607-8418-27-5

Se permite la reproducción total o parcial  
del material incluido en esta obra, previa  
autorización por escrito de la institución.

Ejemplar gratuito. Prohibida su venta.

Impreso en México. Printed in Mexico.



**C**itlalli tiene 9 años. Como a muchas niñas de su edad, le gusta jugar, correr, brincar la cuerda, escuchar música y bailar. Como casi todas, va a la escuela, platica con sus amigas y le gusta más la hora del recreo que ponerse a hacer la tarea.

No es una niña que se distinga de las demás, sería como cualquiera otra si no fuera por un detalle curioso: tiene tres abuelas y un abuelo.

Desde que ella se acuerda las cosas han sido así. Nunca se preguntó por qué ella tenía tres abuelas hasta el día de su cumpleaños, cuando le hicieron una fiesta. Invitó a casi todas sus amigas y sus amigos, y conforme iban llegando les presentaba a su papá, a su mamá, a su abuelo y a sus tres abuelas. A nadie parecía importarle, pero antes de que se terminara la fiesta, mientras comían pastel en el jardín, su amiga Leonor se le acercó y le dijo, casi en secreto:

—Oye, Citlalli, ¿cómo está eso de que tienes tres abuelitas y nada más un abuelito?

—¿Qué tiene de raro? —preguntó Citlalli.

—Que todos tenemos dos abuelitas y dos abuelitos, bueno, cuando se muere alguno ya no, pero entonces podemos tener una abuelita o ninguna, pero eso de tener tres abuelas...





Hasta ese momento, Citlalli jamás se había puesto a pensar en esas cosas. Pero Leonor le recordó que las abuelitas son las mamás de nuestra mamá y de nuestro papá. ¡Si nada más tenemos una abuela por cada papá y por cada mamá, entonces sólo pueden sumar dos abuelas, no tres!

Esa noche, mientras ayudaba a su mamá y a su papá a lavar los trastes, les preguntó por qué ella tenía tres abuelas. Su papá sonrió y le dijo:

—¿Apenas ahora te das cuenta?

—Sí—contestó Citlalli mientras secaba los platos—, mi amiga Leonor dice que no podemos tener más de dos abuelitas, ¿acaso tú o mi mamá tienen dos mamás?

Su mamá intervino en la conversación y, con cariño, le dijo que, en cierta forma, sí.

—¿Tú tienes dos mamás? —le preguntó Citlalli al tiempo que abría unos ojos enormes, por la sorpresa que se acababa de llevar.

—Es algo parecido —le dijo su madre— pero me gustaría más que fuera tu abuelita Rebeca la que te explicara todo.

Citlalli terminó de secar un plato y ella misma se secó las manos con la toalla, estaba a punto de subir a decirle a su abuelita Rebeca que le aclarara todo el misterio cuando su padre la detuvo.

—Tendrás que esperar a mañana, tu abuelita ya se fue a dormir.

Esa noche, Citlalli no pudo conciliar el sueño. Por una parte, recordaba emocionada su fiesta, el pastel de chocolate tan delicioso, los regalos tan bonitos que le dieron y los juegos con sus amigos y sus amigas. Pero, por otro lado, se la pasaba piense y piense en eso de las dos mamás y de las tres abuelas. Ya quería que fuera el otro día para ir a platicar con su abuelita Rebeca, quien precisamente le había regalado una muñeca preciosa, con su traje de buzo, su lancha y su bikini color de rosa.



Al día siguiente, mientras su abuelita Rebeca regaba las plantas del jardín, Citlalli se le acercó.

—Buenos días, abuelita.

—Buenos días, princesa, qué milagro que estés levantada tan temprano —respondió la abuela sin dejar de regar.

—Es que quiero platicar contigo, abuelita —le dijo Citlalli—, quiero que me digas por qué tengo tres abuelitas y no dos, como la mayoría de mis amigas.







La abuela dejó la manguera en el pasto, dio dos pasos para cerrar la llave del agua y le pidió a Citlalli que la acompañara a su cuarto.

—¿Sí me vas a decir?, ¿sí? —exclamaba Citlalli al tiempo que subía, apresurada, las escaleras.

—Claro que sí, mi amor, no comas ansias.

Una vez en el cuarto de la abuela, Citlalli se sentó en la cama y abrazó a la muñeca de vestido lila que su abuelita tenía cerca de la almohada. Rebeca, mientras tanto, sacó del librero un álbum de fotografías que le mostró a la nieta.

—Mira —le dijo— aquí estoy con tu abuela Paty el día que nos casamos.

—¿Tú te casaste con mi abuelita Paty? —preguntó Citlalli, otra vez con unos ojos enormes y sorprendidos.

—Así es, hace ya muchos años.

—Mi abuelita Paty es la que está vestida de novia, ¿verdad? Qué bonito vestido —comentó Citlalli.

—Sí —respondió Rebeca.

—Pero a ti no te veo, abuelita, ¿dónde estás?

—Aquí, junto a tu abuela Paty.

—No, abuelita, ése es el novio, ¿tú dónde estás? —insistió Citlalli.

—Por eso mi amor, aquí estoy. Yo era el novio.

Citlalli dejó el álbum sobre la cama y volteó a ver a su abuela, cada vez más sorprendida y confundida.

—¿Tú eras un hombre? —preguntó Citlalli—, ¿qué te pasó?, cuéntame.

—A eso voy, mi amor.

—Entonces —insistió la niña—, ¿sí eras hombre?

—Mira —empezó a explicar con paciencia la abuela—, en realidad nunca fui hombre, pero ni yo misma lo sabía.

—No entiendo nada, abuelita.

—Déjame que te explique —aclaró la abuela—. Cuando yo nací mis papás y los doctores pensaron que era un niño.

—¿Se equivocaron?

—No los culpo. Mi cuerpo era como el de la mayoría de los niños. Por eso pensaron que era un niño y así me educaron; me pusieron un nombre de niño, me vistieron como a un niño y me educaron como a cualquier niño de esa época.

—Rebeca no es nombre de niño, abuelita.

—Claro que no, mi cielo. Ese nombre lo tuve después, cuando decidí dejar de ser lo que no era; pero no te adelantes.

—Está bien, abuelita, sígueme contando.

—Bueno —continuó la abuela—, resulta que al poco tiempo empezaron a pasar cosas muy raras en mi vida. No me gustaba jugar con otros niños, prefería pasar las tardes con mis amigas, jugando a los juegos





que jugaban las niñas; me gustaban sus vestidos, sus muñecas, incluso algunas veces, cuando salían mis papás y me quedaba en la casa, me ponía a escondidas la ropa de mi mamá.

—¿Y por qué a escondidas?

—Lo que pasa es que en ese entonces era muy mal visto que un hombre se pusiera ropa de mujer; bueno, creo que todavía hay gente que lo ve muy mal.

—Pero tú eras una mujer, ¿no abuelita?

—Eso lo supe después, pero en ese momento yo misma pensaba que era hombre y quería comportarme como un hombre para no decepcionar a mis papás y para que nadie se burlara de mí. Y aunque no me gustaba, me ponía a jugar a los juegos que practicaban los hombres. Fui buena para el fútbol americano y algunas veces hasta me puse los guantes de box para darme de golpes con mis vecinos.

—¿Y tu mamá nunca se dio cuenta que te ponías su ropa a escondidas?

—No, nunca. No sé qué hubiera pasado, sobre todo con mi papá, hubiera puesto el grito en el cielo. Pero siempre tuve mucho cuidado de que no se dieran cuenta.

—¿Y luego qué pasó, abuelita?

—En algún momento pensé que los doctores se habían equivocado y que yo era, efectivamente, una



mujer. Pero al crecer me empezó a salir la barba, me cambió la voz y entonces me di cuenta que no, que no se habían equivocado, que yo era un hombre y tenía que portarme y vestirme como un hombre.

—Si te salió barba, entonces sí eras hombre, ¿o no, abuelita?

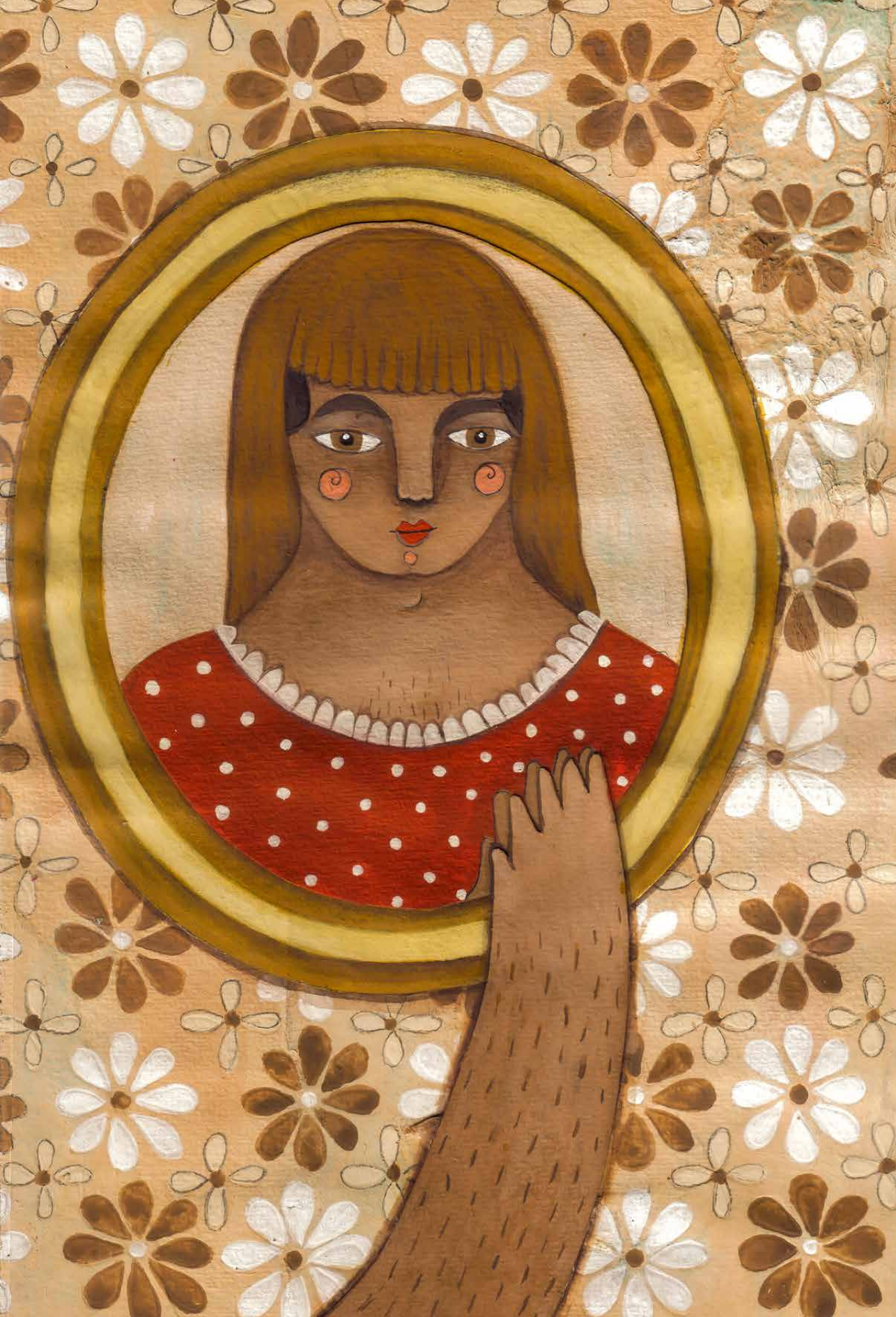
—No necesariamente. Al ratito te voy a explicar por qué —dijo Rebeca—. El caso es que yo pensaba lo mismo que tú y que la mayoría de la gente, que era un hombre. Entonces empecé a tener novias y creí que con eso por fin me haría un hombre de verdad, pero me seguía gustando la ropa de las mujeres y me gustaba hacer cosas que hacen las mujeres.

—¿Y por qué no le dijiste a tus papás? A lo mejor te hubieran llevado con un doctor.

—Ya te dije que tenía miedo de la reacción de mi papá si se enteraba que me ponía ropa de mujer a escondidas. Tampoco le podía decir nada a mis amigos o a mis maestros, se habrían burlado de mí.

—¿Y qué hiciste?

—Pues nada, fingir que era muy hombre, tener muchas novias y ser muy peleonero para que nadie pusiera en duda mi virilidad. Una de esas novias fue tu abuelita Paty, la verdad es que me enamoré de ella y cuando salimos de la universidad le propuse matrimonio y ella aceptó.





—¿Y ella sabía que te gustaba vestirme de mujer?

—No. No me atreví a decirle nada. Por un lado, tenía miedo de que si se enteraba ya no quisiera estar conmigo. Y, por otro lado, pensé que si me casaba con ella me iba a curar de esa enfermedad, porque en ese tiempo yo pensaba que lo que me sucedía era una enfermedad.

—¿Y no es una enfermedad?

—Claro que no, mi amor. Pero eso lo supe muchos años después.

—¿Entonces qué pasó?

—Cuando me casé con tu abuelita, me hice el propósito de nunca más volverme a poner ropa de mujer. No pude cumplir ese propósito. Como a los seis meses de habernos casado, en mi trabajo empecé a viajar muy seguido, entonces aprovechaba para comprarme ropa de mujer y ponérmela en los hoteles. Me gustaba verme en el espejo convertida en una mujer. Claro que todo esto lo hacía en secreto, nunca le dije nada a tu abuelita Paty.

—¿Y ella nunca supo nada?

—No, mi cielo. Tuve mucho cuidado para que no se enterara. Me volví una experta en las mentiras, pero era horrible tener que estar mintiendo e inventando cosas para explicar todo lo que hacía. Porque cuando se acabaron los viajes ya no tenía

pretextos, entonces inventaba cualquier cosa para poder desaparecerme una noche e irme a un hotel a ponerme ropa de mujer. Siempre me hacía el propósito de que no lo volvería a hacer, pero siempre volvía a hacerlo. Me sentía tan avergonzada...

En ese momento, Rebeca guarda silencio y de sus ojos brota una lágrima. Citlalli se da cuenta y, cariñosa, se acerca a su abuelita y la abraza.

—¿Por qué lloras, abuelita?

—No me hagas caso. Me pongo triste porque me sentía llena de vergüenza, porque sentía que traicionaba a tu abuelita Paty y porque tenía mucho miedo de que se enterara y todo se terminara. Ven, mejor vamos al jardín.



De la mano, la abuela y Citlalli regresan al jardín y mientras la niña se sienta en el pasto, la mujer lo hace sobre un viejo tronco.

—Para ese entonces —prosigue Rebeca— ya había nacido tu mamá. Otra vez pensé que el ser papá me iba a quitar esa cosa que yo creía era una enfermedad, pero nada de eso. Cuando tu mamá cumplió 15 años le

hice una gran fiesta, con un hermoso vestido color de rosa, como el que yo hubiera querido tener el día que cumplí 15 años.

—¿No te hicieron fiesta en tus 15?

—No. Nada más partimos el pastel con mis hermanos y mis papás, y me regalaron unos tenis.

—¿Unos tenis?

—Sí, ¿tú crees? Yo hubiera querido un vestido y una fiesta, pero ni modo de decirle a mi mamá. Me tuve que conformar con esos tenis.

—¿Y qué pasó después, abuelita?

—Pues te decía que tu mamá y tus tíos seguían creciendo y yo seguía con mis cosas. Cada vez tenía más cuidado, porque ahora no era nada más que se enterara tu abuelita Paty, sino que tenía que evitar que se enteraran mis hijos. Imagínate, que supieran que tenían un papá que no era tan hombre como parecía.

—No tiene nada de malo no ser hombre. Yo no soy hombre y no pasa nada.

—Tienes mucha razón, princesa. Pero en ese entonces todos, hasta yo, creíamos que yo era hombre y tenía que portarme como todo un hombre, aunque no me gustara.

—¿Y cuándo dejaste de portarte como hombre, abuelita?



—Fue muchos años después. Cuando tus tíos y tu mamá se fueron a la universidad yo tenía más libertad. Para esos años ya empezaba el internet, entonces me metía para buscar información y tratar de entender qué es lo que me pasaba; por qué, si era hombre, me gustaba tanto comportarme como una mujer. Es que no era solamente la ropa, era todo lo demás. Por ejemplo, un día, cuando yo tenía como 16 años, llegó a la casa una señora muy viejita que vendía no sé qué cosas, tocó la puerta y cuando le abrí ella pensó que yo era una mujer porque en ese entonces yo traía el cabello largo; me dijo, buenas noches linda, ¿está tu mama? No sabes qué bien me sentí cuando me dijo linda, como a una mujer. Por eso te digo que no era nada más cosa de ponerme la ropa y ya. En las reuniones yo me sentía más a gusto platicando con las señoras que con los señores, y muchas otras cosas.

—¿Y en el internet encontraste lo que buscabas?

—Sí. No fue fácil, pero buscando, buscando, encontré personas como yo que se juntaban para platicar de estas cosas y que se preocupaban de buscar información científica que explicara todo esto.

—¿Y qué pasó?

—Me dieron mucha información y pude entender muchas cosas. Por principio de cuentas, entendí que

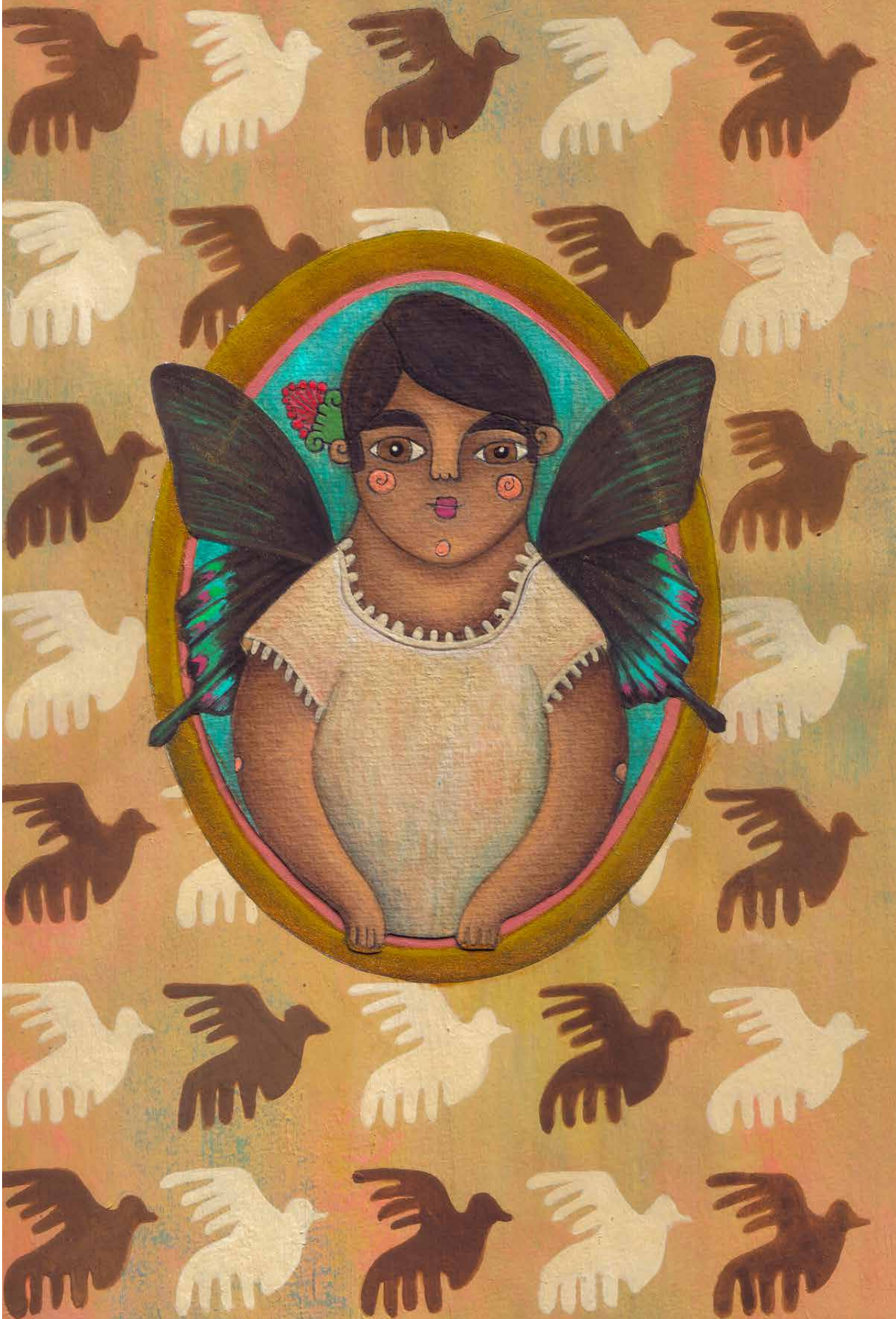
no estaba enferma, que hay gente que aunque nace con un cuerpo que pensamos que es de hombre, en realidad sabe que es mujer y le gusta vivir como mujer. A esas personas se les llama transexuales. Y supe que hay transexuales que han hecho grandes cosas, por ejemplo, hay científicas, artistas y hasta políticas. Conocí a una transexual que daba clases de biología en la universidad, era muy brillante; y otra que era psicóloga, y de las buenas. Eso para mí fue maravilloso, pues me di cuenta que a lo mejor algún día yo misma podría vivir como mujer sin tener que estar fingiendo ser hombre. ¿Y sabes qué? Eso también le sucede a veces a personas que nacen con cuerpo de niñas, pero nunca se sienten mujeres sino que se sienten hombres. ¿Te acuerdas de Pablo, mi amigo con el que jugamos a las cartas los sábados? Él también es transexual.

—Oye abuelita, ¿y por qué hay gente que nace así?

—Todavía no se sabe muy bien, pero hay algunas teorías. Una de las teorías dice que una cosa es el sexo, con el que nacemos y que nos hace ser machos o hembras, y otra cosa es el género, que es como nos sentimos, y que nos hace ser hombres y mujeres. El sexo se da incluso entre los animales y el género es algo que solamente tenemos los seres humanos.

—No entiendo, abuelita.











—Es un poco complicado. Pero mira, el sexo depende del cuerpo. Si tienes un cuerpo como el de tu mamá, con pechos que te crezcan cuando seas jovencita, pues eres hembra, y si tuvieras un cuerpo como el de tu papá, con barba y con la voz gruesa, pues serías macho. Pero no todos los machos son hombres ni todas las hembras son mujeres.

—Por ejemplo, tú eres macho, pero eres mujer.

—Exactamente.

—¿Pero por qué pasa eso? ¿Por qué no todos los machos son hombres?

—Es lo que te estaba diciendo, hay varias teorías. Una teoría dice que cuando estamos en el vientre de nuestra mamá, hay un baño de hormonas que define nuestro cuerpo y otro que va directamente al cerebro.

—¿Hormonas?, ¿qué es eso?

—¿Son unas células muy pequeñas?

—¿Chiquititas?

—Sí, chiquititas. Y te decía que, por lo regular, si estas hormonas llegan al cuerpo, también llegan al cerebro. Pero a veces ocurre que no es así. Mira, te lo voy a poner más sencillo. Imagínate que el cuerpo y el cerebro del bebé están en blanco. Llegan un baño de hormonas azules al cuerpo y luego otro al cerebro. Esa persona va a ser niño. Si las hormonas que llegan al cuerpo y al cerebro son rosas, entonces es niña.

—¡Ah, ya entendí! —exclamó jubilosa Citlalli— en tu caso llegaron hormonas azules al cuerpo y hormonas rosas al cerebro.

—Exactamente, mi cielo. Eres muy lista.

—Y por eso te gusta vivir como mujer, porque tu cerebro es de mujer, aunque tu cuerpo sea de hombre.

—Así es.

—Eso deberían de enseñarlo en las escuelas.

—Tienes mucha razón. Si a mí me lo hubieran enseñado en la escuela me habrían evitado muchos años de sufrimiento.

—Y cuando te diste cuenta que tu cerebro era rosa, ¿empezaste a vivir como mujer?

—No fue tan sencillo, linda. Claro que para mí fue un gran alivio saber que no estaba enferma y que no estaba loca. Pero faltaba algo más difícil, hacérselo ver a tu abuelita Paty y a mis hijos.

—¿Y se los dijiste?

—Sí. Primero a tu abuelita.

—¿Y qué dijo?

—Se espantó. Dijo que ella se había casado con un hombre y que no estaba dispuesta a vivir con una mujer. Fueron años muy difíciles, incluso un tiempo me tuve que ir a vivir sola a otra casa. Por un lado fue mejor, porque entonces podía vivir como mujer los fines de semana, y empecé a salir así a la calle,

al supermercado, al banco, al cine. Fue maravilloso poder andar libremente como mujer sin tenerme que esconder. Me sentía muy bien cada vez que en la tienda o en un restaurante me decían señora, o señorita. Lo único malo es que extrañaba mucho a tu abuelita Paty.

—¿Y no le explicaste lo del cerebro rosa?

—Sí, pero ni con ésas entendía. Fue en ese entonces cuando tu mamá terminó su carrera y regresó a vivir con nosotros, bueno, con tu abuelita Paty, porque yo ya no vivía con ella. Entonces me armé de valor y le conté mi secreto a tu mamá.

—¿Y qué pasó?

—Al principio se confundió y creo que hasta se puso triste. Le llevó un tiempo empezar a entender. No quería ni hablar del asunto, pero poco a poco fue cambiando su actitud. Después de algún tiempo y de darle mucha información, finalmente me dijo que si eso me hacía feliz, ella me apoyaba completamente. Gracias a su apoyo pude platicarlo después con tus tíos, quienes también me apoyaron. Y ya después, entre todos, convencimos a tu mamá de que me aceptara como soy. Fue poco antes de que tú nacieras cuando dejé de vivir como el hombre que nunca fui y empecé a vivir libre, sin vergüenzas, sin remordimientos, sin temores, como la mujer que siempre he sido.

—¿Sabes una cosa, abuelita?





—¿Qué, mi amor?

—Que me pongo a pensar, si a mí me obligaran a vivir como hombre... Sería horrible. No poder jugar con mis amigas, no poder tener mis muñecas, tener que vestirme como hombre y que me dijeran niño, ¡no!, qué espanto.

—Qué alegría me da que me entiendas.

—Te quiero mucho, abuelita.

—Yo también, mi amor, mucho.

Abuela y nieta se abrazaron con tanto amor que los papás de Citlalli, al irlos a buscar para avisarles que ya estaba listo el desayuno, prefirieron dejarlas solas para que terminaran de demostrarse todo el cariño.

Durante el desayuno, Citlalli les contó a sus papás lo que había platicado con su abuelita Rebeca y les dijo lo del cerebro rosa y el cuerpo azul. La abuelita Paty, a insistencia de la niña, se animó a decir lo que sentía y les contó que estaba orgullosa de Rebeca.

—Llegó un momento —dijo— en que no me importó si era hombre o mujer, me di cuenta que era un ser humano al que amo y al que amaré siempre. El amor no tiene que ver con traer faldas o pantalones.

Mientras decía todo esto, tomaba la mano de Rebeca, quien, emocionada, esperó a que dejara de hablar para darle un beso cargado de amor y ternura.

El lunes, a la hora del recreo, Leonor se acercó a Citlalli y le dijo:

—¿Qué pasó?, ¿averiguaste por qué tienes tres abuelas?

—Sí —le dijo Citlalli.

—¿Y?... ¿por qué tienes tres abuelas?

—Es muy sencillo, porque mi mamá tiene dos mamás —contestó Citlalli, y se puso a brincar la cuerda.

FIN



¿Quieres saber más sobre el  
tema de este cuento?  
Visita la página  
[www.conapred.org.mx](http://www.conapred.org.mx)



**CONSEJO NACIONAL PARA  
PREVENIR LA DISCRIMINACIÓN**

*Citlalli tiene tres abuelas* se terminó de imprimir en  
mayo de 2017 en los talleres gráficos de Impresora y Encuadernadora  
Progreso (IEPSA), S. A. de C. V., San Lorenzo 244, col. Paraje  
San Juan, del. Iztapalapa, 09830, Ciudad de México.

Se tiraron 5 000 ejemplares.



En su fiesta de cumpleaños, una de sus amigas descubre que Citlalli tiene tres abuelas y un abuelo; en ese momento la niña empieza a investigar y descubre las razones que la llevaron a tener no dos —como la mayoría de sus amigas— sino tres abuelas.

## Citlalli tiene tres abuelas